

ALEXANDER HAMILTON Y LA FILOSOFÍA POLÍTICA

Antonio Lastra

Im no Philosopher you see and may be jusly said to Build Castles in the Air
ALEXANDER HAMILTON a EDWARD STEVENS (11 de noviembre de 1769)

En 1803, apenas traspasado el meridiano de la primera administración republicana y un año antes de la muerte de Alexander Hamilton, el presidente Thomas Jefferson comenzó a advertir las primeras “dificultades constitucionales” de la democracia en América. “La revolución de 1800 —escribió Henry Adams— había perdido su fuerza y se aproximaba la reacción”, una reacción impulsada por el propio ejecutivo antes que por la oposición y que, a propósito de la compra de Luisiana y el decreto de embargo —es decir, de la asunción de los poderes implícitos en la Constitución—, convertiría tácitamente a Jefferson y a todo su gabinete en federalistas. “Todos somos republicanos, todos somos federalistas”, había dicho Jefferson en su primera alocución como presidente de los Estados Unidos. Todos eran republicanos y, efectivamente, todos serían federalistas: la división en facciones que había ensombrecido el legado de George Washington tendía, con ello, a una paradójica unidad, como si el procedimiento ideológico de la democracia, una vez puesto en marcha, menoscabara el alcance de todas las cuestiones en juego y el acuerdo en lo fundamental estuviera garantizado *sub silentio*, como Jefferson llegaría a proponerlo confidencialmente, y para siempre. James Madison (virginiano como Jefferson, uno de los tres autores de *El federalista*, secretario de Estado y cuarto presidente de la nación) y, sobre todo, Albert Gallatin (un emigrante suizo en la democrática Pensilvania que ejercería durante catorce años el cargo de secretario del Tesoro que Hamilton había sido el primero en ocupar y que desempeñaría —en términos hamiltonianos— un papel clave en el Tratado de Gante y la paz con Inglaterra), se descubrirían como seguidores, a su pesar pero no del todo inconscientemente, de la “escuela de Hamilton”.¹

¹ Véanse THOMAS JEFFERSON, ‘Alocución inaugural a los ciudadanos, 4 de marzo de 1801’, en *Autobiografía y otros escritos*, ed. de A. Escotado y M. Sáenz de Heredia, Tecnos, Madrid, 1987, pp. 331-336, p. 332; HENRY ADAMS, *History of the United States of America during the Administrations of Thomas Jefferson*, ed. by E. N. Harbert, The Library of America, New York, 1986, pp. 352-365, y JAVIER ALCORIZA, *El poder de la escritura. La ética literaria de Henry Adams*, Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans, Universitat de València, València, 2003, pp. 77-105.

No acabo de estar de acuerdo con Javier Alcoriza respecto a la relación de Henry Adams con Hamilton, aunque ha sido motivo de una conversación llena de enseñanzas para mí. Siguiendo su consejo, he comparado lo que Adams dice de Hamilton en su *Historia* y en su correspondencia privada. En su respuesta a Henry Cabot Lodge (futuro presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Senado y líder republicano), que había preparado en 1876 para la *North American Review* que entonces dirigía Adams el primer ensayo serio sobre Hamilton, escribió que “no podía explicar las razones de mi peculiar aversión” hacia Hamilton y que, por encima

Hamilton, por su parte, no desaprovecharía esta oportunidad de poner de relieve su magisterio y, en un artículo anónimo publicado en el *New York Evening Post* (periódico que había contribuido a fundar dos años antes para dirigirse al mismo público al que se había dirigido en 1787 como ‘Publius’ en las entregas de *El federalista*, escritas en colaboración con Madison y John Jay —que sería el primer presidente del Tribunal Supremo— para defender la ratificación de la Constitución de los Estados Unidos en Nueva York), escribió que, si bien la compra del nuevo territorio de la Unión había tenido lugar durante la presidencia de su rival político, “cualquiera que reflexione con imparcialidad reconocerá que la adquisición se debe a una concurrencia fortuita de circunstancias imprevistas e inesperadas y no a medidas sabias o vigorosas del gobierno americano”, e incluso —añadía— habría que descontar las “amables interferencias de una Providencia omnímoda”.² Hamilton se proponía en su artículo “informar correctamente al público” (*W*, 997), aunque se mostraba prudente en la valoración de la importancia de la compra mientras no se conocieran todos los detalles de la transacción con Francia, con lo que reconocía implícitamente, por encima de quien ocupase el puesto, el derecho previo del ejecutivo a arrogarse el conocimiento —en la práctica, a guardar el secreto— de los asuntos políticos. Desplazado del gobierno y en una situación de influencia

de lo que hubiera heredado de la enemistad de Hamilton y John Adams (bisabuelo de Henry y segundo presidente de los Estados Unidos), esa aversión provenía de “reconocer en Hamilton al aventurero [que] podía defender por igual un sistema en el que no creía y aquél que prefería. Desde la primera hasta la última de las palabras que escribió, leo siempre la misma clase de aventurerismo napoleónico”. (Recuérdese que Hamilton había defendido el “adventurous spirit” de los americanos en la undécima entrega de *El federalista*.) Y en 1882, cuando estaba a punto de publicar los primeros volúmenes de la *Historia*, Adams respondía así a John Hay (futuro secretario de Estado): “Tendré en cuenta tus sugerencias sobre el querido Hamilton. El tipo me resulta enojoso, no por la disputa familiar, por la que recibió un castigo suficiente, sino porque combinó de la forma más repulsiva todos los elementos de un pedante escocés. Por esa razón prefiero no tocarlo mientras pueda evitarlo y seguiré tu consejo de cortar todo lo que pueda al respecto y mutilar lo demás” (*Letters of Henry Adams, 1885-1891*, ed. by W. Chauncey Ford, Houghton Mifflin, Boston and New York, 1930, pp. 284-7, 293, 313, 335, 342-44, 352). Sin embargo, en el pasaje de la *Historia* donde describe la situación política del Estado de Nueva York, Adams escribe que Hamilton fue “fiel a sus principios” (*History*, p. 76). Creo que, en general, este último es el tono con el que Adams se refiere a Hamilton de una manera que podríamos llamar exotérica —en la que habría que incluir la invitación a Lodge para que escribiera su ensayo sobre Hamilton—, en contraste con sus opiniones esotéricas, que se reflejan en el hecho de que no leyera “nunca” (*Letters*, p. 352) el ensayo de su discípulo o lo utilizara sólo para escribir su propia monografía sobre Aaron Burr, el gran rival de Hamilton, que no veía la luz. El interés que Hamilton pueda tener en la actualidad nace de esta contraposición —que se ramificaría en el diseño de la política exterior de los Estados Unidos, de la neutralidad al imperialismo, y en la nefasta política doméstica de *bosses* y *halls* tras la Guerra Civil— y Adams es un interlocutor privilegiado. El enfrentamiento entre Hamilton y Burr prefiguraba fatalmente el enfrentamiento entre James Gillespie Blaine y Roscoe Conkling —los dos grandes *bosses* del partido republicano durante la Reconstrucción— que llevaría a Adams a renovar la tradición de independencia de su familia.

² ALEXANDER HAMILTON, *Writings*, ed. by J. B. Freeman, The Library of America, New York, 2001, pp. 996-7. (En adelante citaré por esta edición, *W* y número de página.)

difusa en el partido federalista, Hamilton saboreaba con amargura su triunfo como previsor de la república y llevaba hasta el final su convicción de que los demócratas, o “jacobinos” (como llamaba desdeñosamente al partido republicano), carecían de la capacidad y la virtud necesarias para gobernar cuando afirmaba que el mérito de las negociaciones en París se debía menos al enviado extraordinario de Jefferson (el futuro presidente James Monroe, tal vez el más reluctantante de todos los republicanos en convertirse al federalismo) que al legado en la capital del primer cónsul, Richard Livingstone, antiguo antifederalista cuya oposición a Hamilton en la interpretación constitucional de los poderes del presidente quedaba también en evidencia. De hecho, la doctrina Monroe sería poco tiempo después, además de una declaración de independencia provisional respecto a la historia de Europa, la expresión de una filosofía de la política exterior que uniría al demócrata Monroe, que prestaría su nombre, y al antiguo federalista John Quincy Adams, que guardaría silencio. Ése sería, irónicamente, el “hado del imperio más interesante del mundo” que Hamilton había anunciado en la primera página de *El federalista* (W, 171).

Para entonces, Hamilton había guardado silencio definitivamente: el 12 de julio de 1804 moría a consecuencia de la herida causada por un disparo de bala de su último rival político, Aaron Burr, en un duelo de honor entre ambos que cierta tradición historiográfica —alimentada irónicamente por Henry Adams— ha elaborado como un suicidio o martirio encubiertos. (Apenas tres años antes, Philip, el hijo mayor de Hamilton, había muerto en circunstancias parecidas en duelo con un republicano.)³ Fuera o no un sacrificio patriótico, lo cierto es que su muerte acabaría con la carrera política de su contrincante. Hamilton se había opuesto a Burr, nominado por el partido republicano y apoyado por sectores del partido federalista para gobernador del Estado de Nueva York (con la mirada puesta en la Casa Blanca), en otra manifestación, menos extraña sin duda por tratarse esta vez de Hamilton, de la unidad a la que tendía inexorablemente la república, y había pedido el voto para el candidato jeffersoniano: más allá del enfrentamiento personal, Hamilton veía acertadamente en Burr la tentación del cesarismo que Napoleón representaba en Europa y erróneamente consideraba que supondría el episodio final de la democracia en América o, cuando menos, el “desmembramiento de la Unión” (W, 1005).

La reflexión sobre el cesarismo fue, probablemente, la más enmascarada —y las máscaras serían todas clásicas— de las reflexiones de Hamilton. Aunque la atribución siga siendo plausible, es dudoso que Hamilton fuera, sin embargo, a principios de octubre de 1787, en pleno proceso de ratificación del texto constitucional, el autor de los panfletos firmados por ‘Caesar’ en respuesta a las objeciones de ‘Cato’, muy pocos días antes de la aparición de *El federalista*, cuyo autor sería, en una modificación significativa, ‘Publius’ (el Públicola de

³ Véase su ‘Statement Regarding the Duel with Burr’ (W, 1019-1022). En los últimos escritos de Hamilton, la palabra “sacrificio” sustituye a la palabra “crisis”, que había sido la más usada para caracterizar la administración republicana. Henry Adams, que mencionaba el documento anterior tanto en la correspondencia con Lodge —“...that strange paper”— como en su *Historia*, vio muy bien esta correlación semántica (véase *History*, pp. 427-28).

Plutarco). “Aliado de Pompeyo, sin duda”, Catón —decía ‘Caesar’— se expresaba con “un lenguaje de desconfianza calculado, hasta donde pueda llegar su influencia, para sembrar de prejuicios la opinión pública respecto a la nueva Constitución”. “En sus futuras apariciones, a Catón —advertía ambiguamente el autor del panfleto— le seguirá César”.⁴ No como ‘Caesar’, sino como ‘Publius’, Hamilton aludiría, en la septuagésima entrega de *El federalista*, al “título formidable de dictador” en apoyo de un “ejecutivo vigoroso” (W, 375). Ya en 1792, cuando ocupara la Secretaría del Tesoro, escribiría que “si tenemos un embrión de César en los Estados Unidos es Burr” (W, 794) y “Catilina” sería el modo acostumbrado de referirse a su adversario en público y en privado. Ese mismo año, Hamilton escribió a Washington: “Ya se ha observado que Catón fue el *tory* y César el *whig* de su época: el primero se resistía a las locuras del pueblo y el último lo adulaba; sin embargo, el primero pereció con la república y el último la destruyó” (W, 782). Y, en las elecciones (o revolución) de 1800 que darían a Jefferson la presidencia, Hamilton se opondría por todos los medios, aunque en vano, a que triunfara “el espíritu del jacobinismo”, y llegaría a escribir a John Jay que debía “darse el paso *legal* y *constitucional* para impedir que un *ateo* y *fanático* en política se haga cargo del timón del Estado” (W, 924). Jay, prudentemente, no contestaría a la carta de Hamilton, que señalaba el momento crucial de su reflexión sobre el cesarismo. Jefferson no era César y, en cualquier caso, Publícola proporcionaba un ejemplo de los vaivenes de la conducta política y el uso adecuado y transitorio de una autoridad despótica. En consecuencia, “contrarrestar la idea *impolítica* e *impura* —la cursiva es propia de la impaciencia de Hamilton— de elevar al señor Burr a primer magistrado” (W, 974) se imponía, en su opinión, como el deber de cualquier ciudadano, ya fuera federalista o republicano. Burr era, efectivamente, un impostor y su éxito, para Hamilton, sólo tenía el valor de prueba de la convicción mencionada con frecuencia en sus escritos tras el retiro de Washington: Burr no habría podido llegar tan alto en la república si la república misma no estuviera enferma o corrupta. Esencialmente irresponsable —carecía de una teoría definida y nadie, escribió Hamilton, podría decir cuáles eran sus principios políticos—, Burr era el resultado de la administración federalista de John Adams, hacia quien Hamilton dirigiría incansablemente su resentimiento, y de la administración republicana de Jefferson: “Con Adams o con Jefferson, el gobierno se hundirá” (W, 926).⁵

Hamilton no tenía en cuenta que el desmembramiento de la Unión —la futura amenaza de secesión— habría sido tan perjudicial para la causa federalista de la república como para la causa republicana de la democracia. Que las

⁴ Véase *The Debate on the Constitution*, ed. by B. Bailyn, The Library of America, New York, 1993, vol. I, pp. 33-36.

⁵ El resentimiento de Hamilton hacia Adams es tan antiguo como su carrera política: se opuso a él antes de que ocupara la vicepresidencia, durante su presidencia y en prevención de su reelección. El documento más importante de esta disputa personal y política es la ‘Letter from Alexander Hamilton, Concerning the Public Conduct and Character of John Adams, Esq., President of the United States’, escrita en octubre de 1800 (W, 934 ss.), que constituye tanto un ataque como una defensa.

sucesivas administraciones del propio Jefferson y de Madison y, medio siglo después, la administración de Abraham Lincoln, las enmiendas de la reconstrucción tras la Guerra Civil y las administraciones de Woodrow Wilson y Franklin Delano Roosevelt, por citar algunos puntos en una línea continua entre las secciones de la historia política americana, acabarán dándole la razón a Hamilton sobre la necesidad de un gobierno fuerte y, especialmente, sobre una economía centralizada y un ejército nacional permanente —los espectros de la “consolidación” que tanto temían los antifederalistas—, así como el auge y la decadencia del partido republicano durante la segunda mitad del siglo XIX, obligan, sin embargo, a reconsiderar el prejuicio del conservadurismo de Hamilton, al menos en el sentido que lord Acton quiso dar al término cuando escribió que “los conservadores americanos” (entre los cuales Hamilton ocuparía siempre el primer lugar en su estimación) “eran más valiosos que los europeos”: ni la historia, ni la religión, ni la costumbre pesaban en el ánimo de Hamilton cuando afirmaba —en la misma época del debate entre Edmund Burke y Thomas Paine sobre los derechos del hombre— que “el único enemigo que el republicanism debe temer en este país es el espíritu de facción y la anarquía” (W, 750) o —cuatro días antes de morir— que “nuestra verdadera enfermedad es la democracia” (W, 1022).⁶ La conservación de la Constitución y del gobierno de los Estados Unidos tenía que obedecer, por tanto, a otros motivos que, en la práctica, coincidían con su interpretación y ejercicio. Ni la Constitución ni el gobierno se habían hundido, a pesar de todo, con Adams y Jefferson, y es ésta falsa profecía sobre “la tendencia del gobierno popular a la disolución y el desorden” (W, 1005) la que permite entender la personalidad de Hamilton en un proceso impersonal hacia una meta política (una república democrática tan conservadora como progresista) cuyo origen era demasiado reciente como para que su desarrollo pudiera explicarse, o fomentarse, de otra manera que por una apasionada comparación: como la filosofía política clásica, la filosofía política americana no era tradicional —o, dicho de otra manera, veía directamente la realidad política—, de modo que el precedente de la Constitución inglesa, que tanto pesaría en el ánimo de Hamilton, sería, en la práctica, inservible.⁷ Más valioso que los conservadores europeos, Hamilton también fue el primer romántico puro de la política, sin un trasfondo adecuado para su vida, y el carácter literario de su romanticismo es ahora una pauta útil para su lectura, puesto que descubre en este “quijote romántico”, como se apodaría él mismo (W,

⁶ Véanse los *Selected Writings of Lord Acton*, ed. by J. Rufus Fears, Liberty Fund, Indianapolis, 1988, vol. III, p. 548. Nada podría representar mejor “el espíritu de facción y la anarquía” que el intercambio de nombres de los propios partidos americanos: el partido republicano de Jefferson acabaría llamándose demócrata y el partido federalista —o *whig*, en un préstamo británico— republicano. El partido republicano fue durante décadas el partido que hoy llamaríamos progresista, mientras que el partido demócrata fue el partido conservador (y esclavista en el Sur).

⁷ Véase la octava entrega de *El federalista* (W, 190-5, 192).

841), un elemento de exotismo inesperado en quien había prestado su adhesión más firme a la escritura constitucional de la república.⁸

Los Estados Unidos de América son, en su estructura política y económica, tanto exterior como doméstica, una creación de Hamilton y, sin embargo, Hamilton no acabaría nunca de considerarse del todo americano, mientras que sus adversarios, ya fueran los puritanos de Nueva Inglaterra o los *cavaliers* virginianos, prepararon y participaron en la confusa identidad multicultural que ha prevalecido en la Unión. Todos serían, alternativa o simultáneamente, republicanos y federalistas, salvo Hamilton, que no lograría representar nunca el papel de eminente neutralidad que él mismo había escrito para el presidente Washington en su célebre *Discurso de despedida*.⁹ Por debajo de su escritura constitucional había otro lenguaje, más antiguo o más personal, que siempre afloraría con desconfianza y que se iría haciendo más franco y menos comprometido conforme Hamilton pasara de defender la Constitución de los Estados Unidos a defenderse a sí mismo y su honor.

El mío —escribiría Hamilton a Gouverneur Morris en 1802— es un extraño destino. Tal vez no haya otra persona en los Estados Unidos que haya sacrificado o hecho tanto por la Constitución como yo y, contrariamente a todo lo que había anticipado sobre su hado..., aún estoy trabajando por reforzar su frágil y precaria construcción. Sin embargo, las murmuraciones de mis amigos y las maldiciones de mis enemigos son mi recompensa. ¿Qué podría hacer sino retirarme de la escena? Día tras día me convengo de que este mundo americano no ha sido hecho para mí (*W*, 986).

⁸ En su primer escrito político, ‘A Full Vindication of the Measures of the Congress’ (1774), Hamilton defendió la naturaleza “clásica” del lenguaje del Congreso (“congressional”). El panfleto lo firmaba “Un amigo de América” (*W*, 35-6).

⁹ Washington le había enviado un borrador escrito por Madison en 1792, al término de su primer mandato. El discurso que Hamilton le devolvió al presidente, cuando su retirada era definitiva, es una pieza maestra de su escritura constitucional. Los lectores del discurso leían de nuevo a Madison y a Hamilton juntos, pero habían pasado casi diez años desde la publicación de *El federalista*. Hamilton dejaría el principio y el final del discurso como Madison los había redactado y se reservaría todo el pasaje central. El pasaje crucial era, sin duda, éste: “Es importante que los hábitos de pensamiento del pueblo tiendan a producir cautela en los miembros de los diferentes departamentos del gobierno, de modo que cada uno ocupe su propia esfera y no se entrometa en la de los otros; que cualquier intento de esa clase, venga de donde venga, se tope con el descontento de la comunidad y que, en cualquier caso en que se dé un precedente de intromisión, una cuidadosa atención en la siguiente elección de los cargos públicos lo corrija y se lleve a cabo su revocación. El espíritu de intromisión tiende a absorber y consolidar los poderes de las distintas ramas y departamentos en uno para establecer como sea el despotismo. Un conocimiento preciso del corazón humano, del amor al poder que predomina en él, bastaría para establecer esa verdad. Experimentos antiguos y modernos, algunos en nuestro propio país y bajo nuestros propios ojos, la confirman. Si, en la opinión pública, la distribución de los poderes constitucionales es errónea o ineficaz en algún aspecto, ha de ser corregida por la autoridad del pueblo de un modo legítimamente constitucional. Que no haya cambio por usurpación, pues aunque esto podría ser un instrumento del bien, es el instrumento ordinario y natural de la destrucción del gobierno libre y la influencia de un precedente será siempre infinitamente más pernicioso que todo cuanto pueda deparar de beneficioso” (*W*, 862).

En la misma carta, Hamilton proponía “*recuperar la Constitución*” (de nuevo la cursiva es suya), lo que esencialmente debía entenderse como un intento por recobrar la conciencia, en un mismo sumario sobre la unidad, por parte de quien había escrito con tantas máscaras —desde el apócrifo ‘Caesar’ al público ‘Publius’, en sus términos más extremos— que, efectivamente, había puesto en peligro su identidad y su lugar en la república. Hamilton murió, además, muy joven —había nacido en 1755 y no llegaba a los cincuenta años el día del duelo—, en comparación con los padres fundadores que sobrevivieron hasta convertirse en patriarcas, y no tuvo, en consecuencia, tiempo para desprenderse de la lucha por el significado de la escritura constitucional que había contribuido a crear con *El federalista*: resulta casi imposible pensar en una reconciliación de Hamilton con sus oponentes como la de Jefferson y John Adams al final de sus vidas o en que —como sugiere Henry Adams en caso de que hubiera sobrevivido al duelo— “llegara a aceptar el mundo americano tal y como era”.¹⁰ Con otra comparación aún más cercana a su talante intransigente —al del autor del *Informe sobre la industria* y partidario a ultranza de la constitucionalidad de un banco nacional—, podríamos decir que Hamilton no recogería personalmente las ganancias de su inversión republicana.¹¹ Recuperar la Constitución le habría obligado, seguramente, a abandonar los pseudónimos y el anonimato literarios o la correspondencia confidencial y tal vez a retractarse en muchas cuestiones fundamentales.

Lo más cerca que estuvo de hacerlo fue en la carta que en septiembre de 1803 envió al federalista Timothy Pickering (que había sucedido a Jefferson como secretario de Estado en el gabinete de Washington y era un seguidor leal de Hamilton) para responder de la legitimidad de la propuesta constitucional que había defendido en la Convención de Filadelfia de 1787, según la cual el presidente y los senadores, una vez elegidos, mantendrían sus cargos de por vida salvo en caso de una conducta censurable, lo que había sido interpretado desde entonces como el intento de establecer una monarquía o una aristocracia a imitación del sistema británico. Pickering le había pedido explicaciones cinco meses antes, en abril, y a Hamilton le resultó muy penoso contestar: era la acusación que, de hecho, le había perseguido siempre, ya en la formulación superficial, según la cual Hamilton había sido más favorable a la Constitución inglesa que a la americana, o en la formulación más severa, según la cual los Estados Unidos debían convertirse en el primer Estado puro de la historia con un poder firme y tal vez incontestable. (Un príncipe verdaderamente nuevo, por repetir la comparación con Maquiavelo que es frecuente encontrar en los estudios sobre Hamilton.) En su carta, sin embargo, Hamilton insistiría en que su concepción era coherente con una “teoría estricta de un gobierno puramente republicano” (W, 1002) y añadía que la resolución sobre el ejecutivo había sido apoyada por los representantes de Virginia —partidarios de un gobierno

¹⁰ HENRY ADAMS, *History*, p. 427.

¹¹ Véase su ‘Statement Regarding Financial Situation’ (W, 1016-18), escrito días antes del duelo con Burr. Las deudas de Hamilton no eran sólo simbólicas.

democrático y antifederalistas—, entre los cuales se encontraba Madison. A pesar de la ambigüedad de los términos respecto a la duración y la extensión del poder ejecutivo, Hamilton reiteraba que sus proposiciones no podían ser tomadas por la expresión de una “opinión definitiva”, sino que estaban sujetas a una “libre investigación” y a la consideración de todos los delegados, e incluso que su opinión final no había sido favorable a un ejecutivo vitalicio, si bien este último extremo era falso.¹² Si la situación del país exigía que “la teoría republicana fuera puesta a prueba”, en opinión de Hamilton la prueba debía consistir, sobre todo, en darle al gobierno “toda la energía y la estabilidad compatibles con los principios” de la teoría republicana (W, 1003).

Proporcionar una coherencia entre el argumento de la teoría republicana y la acción de un gobierno firme fue la intención de Hamilton durante toda su carrera política, pero esta fidelidad a sus principios no explica la manía persecutoria que sufriría desde el principio y que se agudizaría al final. El “aventurerismo” que Henry Adams siempre le reprocharía no es, al respecto, una hipótesis suficiente: la improvisación no era un rasgo de carácter en Hamilton. A diferencia de otros inmigrantes que encontrarían en la revolución (más incluso que en la Constitución) una patria —James Wilson, Paine, Gallatin, por ejemplo—, Hamilton tenía que hacer frente a una procedencia familiar más que oscura: nacido en el seno de un matrimonio ilegítimo, Hamilton se encontró a los trece años huérfano de madre y abandonado por su padre.¹³ Su incipiente talento literario (la descripción de un huracán en la prensa local de la colonia antillana donde había nacido) le deparó la ocasión de recibir en Nueva York una educación jurídica que aplicaría en seguida al proceso revolucionario. En su escrito en defensa de las medidas del Congreso, Hamilton afirmaría que “no

¹² Las actas de la Convención aún no eran de dominio público. Del discurso de Hamilton en la Convención hay dos versiones, una de Madison, que recoge la posición del joven orador en minoría, incluso, en la representación de su Estado, y otra de Robert Yates, quien formaba, con Robert Lansing y el propio Hamilton, la delegación de Nueva York. Yates terminaba su versión confesando que “tanto este plan como el de Virginia están muy lejos de la idea del pueblo” (W, 165). Yates y Lansing publicaron en 1788 las razones de su disenso del texto constitucional, pero no mencionaron la actitud favorable de Hamilton (véase *The Debate on the Constitution*, vol. II, pp. 3-6).

¹³ Javier Alcoriza me ha sugerido la comparación con los personajes shakespearianos y es probable que Hamilton se viera a sí mismo como el Bastardo de *El rey Juan* (el restaurador de la legitimidad), sobre todo en relación con la sucesión de Washington y con su suegro Philip Schuyler, un *tycoon* neoyorquino. Pero ¿podría ser Edmund y pensar en apropiarse de la herencia del padre (Washington), despojando de sus derechos a Edgard (Jefferson, Madison)? Hay que tener siempre en cuenta —como Madison lo haría— la extremada juventud de Hamilton durante todo el proceso revolucionario y constitucional. En 1797, Hamilton trató en vano de que su padre, a quien no había visto desde la infancia, se reuniera con él y ese mismo año confesaría públicamente su adulterio en su comentario de ‘The Reynolds Pamphlet’ (W, 883 ss.) Las circunstancias domésticas orientarían indefectiblemente su conservadurismo. En 1800, Hamilton redactó una carta —escrita para William Jackson, camarada de la revolución, aunque acabaría enviándosela a James McHenry, obviamente con el fin de que se hiciera pública— en la que hacía frente a “la más humillante de las críticas” a la que había sido sometida su vida, sobre todo en lo que afectaba a sus progenitores (“on the question who my parents were”). Véase W, 879-82, 930-32.

escribía para ningún partido” (W, 40). Esta idea, extraña en un supuesto discípulo de Burke, sería recurrente: “Soy un extraño en este país —dirá en 1780—, sin propiedades ni relaciones” (W, 66).¹⁴ Washington y Schuyler (cuyas figuras proyectarían siempre una sombra paternal sobre Hamilton) le proporcionarían muy pronto esas relaciones, que en el caso de Schuyler serían tan familiares como políticas. De hecho, en 1780 Hamilton ya era un oficial destacado en el cuartel general de Washington —a pesar de ciertas desavenencias causadas por la susceptibilidad de ambos— y un abogado y publicista favorable a la consolidación de un gobierno firme, como lo demuestra la larga carta a James Duane, que podría leerse como un borrador de *El federalista*. ‘Publius’ —el pseudónimo tras el que se esconderá con Madison y Jay— fue uno de los primeros pseudónimos que usaría en una larga serie de máscaras que describen su situación pública. El lenguaje del poder de Hamilton corre parejas con el lenguaje cesarista de la desconfianza: sus intervenciones públicas se apoyan en una correspondencia, casi siempre confidencial, llena de sospechas y clarividencia. Hamilton entendió rápidamente, a diferencia de los partidarios de la democracia, que la libertad inglesa en América era un método, no una meta en sí misma; la desaparición de toda forma de gobierno o su transformación en un gobierno filantrópico como el que inspiraba la persuasión jeffersoniana sólo podía parecerle una “expectativa perniciosa y visionaria” (W, 114), si bien era una expectativa mucho más compartida o comprometida que su propia perspectiva. Con esa perspectiva, Hamilton era el menos conservador de los conservadores americanos, como lo demuestra su paso por la Secretaría del Tesoro, que cambiaría la república agraria de los demócratas en un imperio financiero. Al escribir como ‘Phocion’ —en recuerdo una vez más de las *Vidas* de Plutarco—, Hamilton examinaría su posición al mismo tiempo minoritaria e intransigente, la posición de “uno solo que piensa de modo distinto a la ciudad”, mientras exponía el significado del término libertad y la autoridad de la Constitución inglesa.¹⁵

Quien, como Hamilton, sabía que “las herejías no se resuelven con la persecución” (W, 172) y pensaba, sin embargo, de modo distinto a la ciudad y empleaba tan a menudo el término “verdad” en sus escritos (significativamente en la primera entrega de *El federalista*), tiene cierto derecho a que su obra sea estudiada más como un ejemplo de la ética de la literatura que de la filosofía política, pero a la filosofía política le corresponde todavía, en su caso, la última

¹⁴ Véase EDMUND BURKE, ‘Pensamientos sobre las causas del actual descontento’, en *Textos políticos*, ed. de V. Herrero, FCE, México, 1984, p. 286 ss., p. 291: “Cómo pueden los hombres proceder sin conexiones [“connexions”, relaciones] de ninguna clase es para mí un hecho incomprensible”.

¹⁵ Véase GEORGE SANTAYANA, ‘English Liberty in America’, en *Character and Opinion in the United States*, with a New Introduction by J. W. Yolton, Transaction Publishers, New Brunswick, 1991, pp. 192-233. Recuérdese, sin embargo, el último párrafo de la undécima entrega de *El federalista* (W, 207), que podría constituir en la actualidad el programa de una revolución de las *raising expectations*.

palabra. A Hamilton, a Jefferson, a Madison les debe la literatura americana, precisamente, la condición de posibilidad de su existencia más allá o por encima de la política. “Una constitución —escribió Hamilton, en uno de sus discursos de ratificación del texto constitucional ante un público reluctante— no puede ponerle límites a las necesidades de una nación y, por tanto, no debe ponerle límites a sus recursos” (W, 505). *Walden* de Thoreau o la filosofía trascendentalista de Emerson son, en sí mismos, una prueba de la versatilidad de la escritura constitucional y, por su eminencia, recuerdan el estadio inferior de la apasionada y fundamentalmente, aunque no siempre, sincera discusión política que los hizo posible. Leo Strauss escribió que el estudiante de los asuntos políticos —el joven filósofo— debía hacer frente a los intentos, en ocasiones carentes de escrúpulos, de los políticos por convertir sus opiniones en conocimiento, exponiendo en público el resultado de sus investigaciones sin ocultar nada ni convertirse en militante de un partido (“without any concealment and without any partisanship”). Debe desempeñar el papel —añadía Strauss— del ciudadano ilustrado y patriota que no tiene un hacha propia que afilar.¹⁶ Esta última imagen (una imagen del bien político) recuerda el célebre pasaje de *Walden* en que Thoreau habla del hacha que tuvo que pedir prestada para edificar su casa y que devolvió más afilada de lo que se la habían dejado. La ética de la literatura domestica la filosofía política. El arte de escribir trasciende la Constitución.

¹⁶ LEO STRAUSS, *What Is Political Philosophy? And Other Studies*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1988, pp. 15-6.